

Desarrollar una visión interior

Por Carol St. John

¿Recuerdas cuando en los inicios de tu formación como docente de infantil te pedían que observases a los niños de una clase y que anotases lo que veías? Recuerdo que cuando me pedían esto, pensaba: «¿Qué estoy buscando? ¿En qué debería fijarme en esta etapa de desarrollo temprano de los niños?». Dieciocho años después, durante un curso de formación de un año en el método goethiano, *Encountering Nature and the Nature of Things* (Encuentro con la naturaleza y la naturaleza de las cosas), me pidieron de nuevo que volviese a recoger observaciones. Esta vez consistía en observar un objeto en la naturaleza muy atentamente. Me preguntaba qué podían tener en común observar niños en una clase y observar objetos en la naturaleza.

Tras casi dos décadas en el centro Waldorf siendo profesora de infantil, sé que la capacidad de ver hitos en el desarrollo de un niño es una habilidad que se adquiere y que a mí me costó mucho entrenamiento, crecimiento interior y paciencia. Sin embargo, después de tanto tiempo y estudio, me di cuenta de que hay mucho más que aprender a ver y a entender sobre los niños.

El escritor alemán Johann Wolfgang von Goethe explicó: «Si queremos alcanzar un entendimiento vivo de la naturaleza, debemos ser vivos y flexibles como la naturaleza misma». Aprendí más sobre «la ecología interna de las plantas y de los animales y a comprender mejor cómo se relacionan entre sí las estructuras y las funciones para formar un ser completo». Pensaba en las raíces de las plantas e investigaba el organismo completo como parte de una red de vida más grande.

Cuando había completado mis observaciones de la naturaleza, utilicé el método goethiano en un proyecto de investigación independiente basado en la observación de niños de tres a cinco años en mi programa de guardería. Me centré en dos sucesos a la vez: los niños jugando y los niños relacionándose con la naturaleza. Este estudio me permitió experimentar el mundo perceptible de la naturaleza y de los niños como un todo. Fue bastante significativo en mi enseñanza. Como otros educadores de Waldorf, aprendí a identificar las necesidades de los niños y a encontrar maneras de darles lo que necesitaban en ese momento; pero esta experiencia era distinta.

En otoño, con mi nuevo grupo de niños, empecé a establecer la dinámica que daría pie a amplias oportunidades para explorar en las aproximadamente dos hectáreas y media de bosque al lado de la escuela. Organizaba un paseo semanal por la naturaleza y le daba a cada uno de los diez alumnos una bolsa de arpillera forrada con una correa para recolectar mica, plumas, frutos secos, bellotas y otra variedad de cosas que se pueden encontrar en el suelo del bosque. Aparte de esta, la única actividad que repetíamos semanalmente era la de repostería. Mezclábamos los ingredientes fuera en las mesas de picnic, las mismas mesas en las que pintábamos con ceras y clasificábamos lo que encontrábamos en la naturaleza. En cada estación plantábamos, quitábamos malas hierbas, regábamos, cosechábamos y después echábamos abono en el jardín biodinámico de nuestra escuela. «Sencillo», pensaba, «que sea sencillo».

Conforme pasaban las semanas, las cosas que recolectaban eran cada vez más interesantes. Se acercaban a mí antes de que empezase la clase y sacaban de sus bolsillos lo que habían recogido esa mañana. Apenas me daba tiempo a poner botellas de agua en las mesas y los niños ya me abordaban con sus últimos hallazgos. El curso avanzaba y cada vez tenía que decir menos, nos preparábamos para nuestros paseos por la naturaleza sin necesidad de mediar palabra. Con bolsa en mano, nos adentrábamos en la arboleda donde vivía la naturaleza salvaje.

Un día cuando volvimos de uno de nuestros paseos y organizamos en las mesas lo que habíamos recolectado, les pedí que eligiesen un objeto y lo dibujasen. No esperaba reconocer sus dibujos, puesto que la mayoría tenían tres o casi tres años, algunos cuatro y solo uno tenía cinco años. Uno de los pequeños, que aún no había cumplido los tres, cogió su cera y miró al espacio mientras lo hacía girar dentro de la mitad de una cáscara de nuez negra. Otra niña de tres años y medio escogió una bellota, otro una piedra rugosa y blanca y un pequeño de cuatro años eligió una pieza de mica.

¡Me quedé asombrada por los dibujos tan realistas que hicieron! Se parecían de verdad a los objetos que eligieron. Eran más pequeños que la mayoría de alumnos que había tenido en clase años anteriores. No imaginaba que niños de menos de cinco años pudiesen dibujar así.

Las semanas se convertían en meses y mi diario se estaba llenando de observaciones. Los niños se empezaban a fijar en todo, como en las semillas de asclepias y los ciervos acercándose a nuestra valla; el canto más marcado de los pájaros; y cuando el sol se empezaba a poner se sentaban a mirar. Querían estar en completo silencio mientras merendaban para escuchar a los pájaros cantar, a pesar de que yo normalmente les animaba a que hablasen. Me empecé a preguntar qué era lo que estaba pasando. ¿Por qué estaban tan receptivos y participativos sin que les dijese ni una

palabra? Yo también sentía que algo estaba cambiando dentro de mí.

Transcribí mis notas en una presentación de PowerPoint junto con imágenes de algunos de los dibujos de los niños y se lo envié a Jon McAlice, mi mentor del curso *Encountering Nature*. Le pregunté: «Jon, ¿qué está ocurriendo? Los niños están relacionándose con la naturaleza de formas nuevas y más significativas. Es como si estuviese dentro de esto con ellos. ¡Me traen objetos todos los días!». Esperé su respuesta con ansias. Unas semanas más tarde, me contestó: «Me recuerda a la educación de resonancia». Tuve que leer más sobre este término. Jon me recomendó un libro: *Resonancia*, de Hartmut Rosa, profesor alemán de sociología. Rosa explica: «La calidad de la vida humana no se puede medir simplemente en cuestión de recursos, opciones y momentos de felicidad; en su lugar, debemos considerar nuestra relación, o resonancia, con el mundo».

Como ser que siente y padece, percibe y experimenta subjetivamente, me encontraba en un estado de ecuanimidad en la naturaleza con los niños. Era muy sencillo mantener la calma, la compostura y un estado de ánimo uniforme a la vez que experimentaba una resonancia compartida con ellos. Me sentía como si hubiese entrado en el armario que lleva a Narnia, excepto, evidentemente, que no había entrado en dicho armario. Tenía los pies completamente en la tierra para

seguir anotando observaciones de nuestra experiencia en común. Resulta que una resonancia compartida es otra manera de reflejar una longitud de onda compartida, otro concepto aplicado a la enseñanza en la que el profesor ha alcanzado el máximo exponencial de un suceso compartido con los estudiantes.

Esta investigación en el bosque con los alumnos estaba haciéndome crecer y desarrollar un entendimiento del mundo natural a través de los ojos de Goethe. Algunos, si no la mayoría de nosotros, hemos experimentado momentos en los que parece que transcendemos el tiempo y entramos en un lugar de conocimiento con los niños a nuestro cargo. Este es el arte de tomar principios pedagógicos y elevarlos a otra realidad mientras estamos con los pies en la tierra siendo formados como profesores de infantil de Waldorf. A lo largo de los años he llegado a comprenderlo como una intuición informada o una manera sistemática de llenar mi proceso de toma de decisiones con un profundo conocimiento de algún alumno en concreto. John Gouldthorpe del Nature Institute dice: «La intuición informada conduce a la intimidad y muestra a una figura cuidadora».

He experimentado al menos tres niveles de observaciones y de percepciones que han tenido un papel fundamental en mi conexión con los estudiantes:

- aumento de la consciencia de objetos de nuestro alrededor;

- ♦ observaciones sutiles de los sentidos de la vida de los niños (como su humor, gestos, tacto, movimientos, colores, etc.);
- ♦ y una presencia más profundamente conectada con los niños (con el otro).

A estas alturas te preguntarán: «¿No es todo esto demasiado científico o clínico para las habilidades de observación de una profesora de infantil?» Si tienes la intención de ser más perceptivo de forma consciente y estar más centrado en tus estudios relacionados con los niños, te recomiendo que lo explores. Desarrollar una práctica de observación goethiana te proporciona una base para desarrollar ojos que pueden ver con claridad, y la habilidad de articular, usando un lenguaje neutro, el reflejo del desarrollo de un niño.

Desarrollar las habilidades goethianas de observación de fenómenos a la par que ver las interacciones de los alumnos con el mundo que les rodea ha sido un

regalo para mí como profesora de niños de estas edades. El curso del método goethiano me permitió entrelazar ambas conscientemente y de manera simultánea. En resumen, descubrí una resonancia más profunda y me vi recompensada con la percepción completamente honesta del mundo interior de un niño.

Fuentes:

Hartmut Rosa, traducido por James Wagner, *Resonance: A Sociology of Our Relationship to the World* (Cambridge, UK: Polity Press, 2019).

Seeing Nature Whole—A Goethean Approach
<http://natureinstitute.org/nature/> (The Nature Institute: Ghent, New York).

CAROL ST. JOHN, MEd, nació en una granja lechera en el centro de Nueva York. Se graduó en el Centro Rudolf Steiner de Toronto y es profesora de educación infantil Waldorf desde 2004 en la Acorn Hill y en la Potomac Crescent Waldorf School de la zona de Washington DC. Es una apasionada de la jardinería biodinámica, la cual traslada a sus clases.
